ANTONIO MACHADO Y SU PENSAMIENTO FILOSÓFICO: UNA SÍNTESIS

El pensamiento de Machado, como es bien sabido, no está encerrado en un compacto libro, ni tiene esa seriedad y solemnidad tan corrientes en las obras filosóficas. Antonio Machado nos comunica sus ideas, que parecen a menudo ser comentarios a sus lecturas o reflexiones sobre sus propias experiencias vitales, salpicadas éstas de vez en cuando por algunas geniales ocurrencias, por medio de breves apuntes, notas varias escritas a lo largo de los años las cuales en gran parte se encuentran luego reunidas, con un aparente desorden, en ese extraño y a veces humorístico apéndice en verso y prosa que se halla, generalmente, a continuación de las *Poesías completas,* a partir de la edición de 1928. Es decir, en las dos partes, de 1926 y 1928, que constituyen el llamado «Cancionero apócrifo». Algunas de esas ideas reaparecen luego, algo alteradas, en las páginas de su obra en prosa *Juan de Mairena,* escrita entre 1934 y 1938. Y otras se encontraban ya antes en ciertas notas de su cuaderno «Los complementarios», y en poemas, cartas, su inacabado discurso académico y demás.

Penetrar en ese tan disperso y fragmentario pensamiento, tratando de establecer cierta unidad y esclarecer un poco su sentido, no es siempre tarea fácil, a causa de los obstáculos y velos oscurecedores con que a veces se topa el que se propone *entender.* Esto, entender, es lo que se propusieron, antes tal vez que los filósofos, algunos admiradores de la poesía de Machado, al intuir que ese pensamiento, por oscuro, contradictorio y difuso que pareciese, tenía tal vez mucha mayor importancia de lo que se había creído.

Y así pudo descubrirse, pese a las dificultades que presentaba el estudio, que algunos de los principales temas a los cuales él siempre vuelve de un modo u otro, tienen estrecha relación entre sí, y también muy clara relación con su mejor poesía lírica. En verdad podría decirse que el pensamiento filosófico de Machado es sobre todo una continuada reflexión sobre su poesía. Y ese pensamiento corresponde perfectamente a lo que fue el hombre Machado, a su carácter, a sus creencias o falta de creencias, y a su ética y política. Entender pues algo de lo que él dice, aclarar un poco ese pensamiento filosófico suyo, es ayudar a entender mejor a Machado en total: el hombre, el gran poeta, el moralista y el pensador.

Esos obstáculos y velos a lo que me he referido son varios. En primer lugar el que tantas veces Machado no exprese sus ideas directamente, sino a través de sus heterónimos Abel Martín y Juan de Mairena. Ello hace que resulte dudoso, a primera vista, que Machado se identifique realmente con lo que expresan esos pintorescos pensadores que él inventa. Por otra parte las ideas de éstos, que nos comunica el hablante, aparecen casi siempre en forma muy resumida, esquemática y no siempre clara. Y así a menudo leemos raros títulos, abstrusas fórmulas y enrevesadas sentencias filosóficas, diríase que deliberadamente oscuras, con lo cual todo ello en ocasiones parece, más bien que filosofía, burla de los filósofos. Pero lo que se propone Machado con ese humor, creo yo, es sobre todo establecer una cierta distancia con respecto a su propio pensamiento. Y esto por varias causas: por *modestia,* esto es, porque le horrorizaba que pudiese él aparecer como un pedante y pretencioso aprendiz de filósofo; por su real *inseguridad,* ya que, aunque ávido lector de filosofía, no se consideraba sino un «aficionado»; y también por su muy arraigado *escepticismo,* aunque fuese escepticismo «apasionado» como él mismo decía, el cual le obligaba a contemplar con reserva cualquier afirmación que pudiera parecer demasiado dogmática, incluso cuando ésta era la suya propia.

Mas no obstante el deliberado distanciamiento, una atenta lectura del «Cancionero apócrifo» nos convence que aunque sea con pudores, burlas e inhibiciones, lo que ahí él escribe expresa en verdad, en el fondo, lo que él piensa. Y ello se confirma con lo que escribe en otros lugares, cuando habla él mismo y no ya sus imaginados caracteres.

Yo intenté hace ya muchos años, en mi estudio sobre el pensamiento de Antonio Machado, poner de manifiesto algo de todo esto. Me propuse escribir un ensayo que fuese lo más claro y breve posible. Mas no estoy nada seguro de haberlo conseguido. Y es que me pareció indispensable hacer ciertas aclaraciones y digresiones, las cuales fatalmente alargaban y complicaban mi exposición. No quería limitarme, como habían hecho algunos, a citar ciertos trozos oscuros, a modo de explicación, sin aclarar ni explicar nada. Tenía que referirme a la evolución de ese pensamiento y a ciertas aparentes contradicciones. Y era necesario también tratar de precisar un poco cuál era la relación entre las ideas de Machado y las de algunos de esos filósofos que él mencionaba. Con Bergson, por ejemplo, cuya influencia en él ya se había mencionado muchas veces, pero olvidando que en bastantes ocasiones Machado, con su añoranza de la «razón helénica» se distancia definitivamente de su maestro. O con Leibnitz, ya que esas mónadas «nostálgicas de lo otro», a las que Machado se refiere más de una vez, son en verdad más solitarias e incomunicadas que las de Leibniz, pues no están iluminadas por Dios. Y también decir algo de Max Scheler o de Heidegger, pues el pensamiento de Machado se acerca bastante en alguna ocasión al de éstos. Y en lo que se refiere al tema del «otro», tan importante en Machado, me pareció útil tratar de comparar, aunque fuese sólo someramente, su posición con la de otros famosos filósofos de su tiempo.

Creo que pude sin embargo, a pesar de las disgresiones, destacar los temas principales de su pensamiento; aunque nunca creí haber hecho un estudio exhaustivo, definitivo. Se trataba, a lo más, de una primera aproximación, de un intento de

síntesis. Pues bien, lo que ahora trato de hacer aquí es una síntesis de aquella síntesis.

Me limitaré a exponer, del modo más sencillo que pueda, algunas de las ideas y sentimientos de los cuales él se ocupó con frecuencia. Son varios temas que agrupo en tres breves secciones, cuyos títulos son: «El *otro,* el sentimiento compartido y la fraternidad», «La *heterogeneidad del ser* y la *poesía temporal*» y «La nada y la irrenunciable esperanza».

Sólo he agregado ahora algunas alusiones a la probable influencia que en el pensamiento de Machado, sobre todo en lo que éste tiene de ético y esperanzador, pudieran haber tenido Francisco Giner de los Ríos y la Institución Libre de Enseñanza, de la cual Machado fue alumno.

Empecemos pues con la primera parte, que es la más simple.

El «otro», el sentimiento compartido y la fraternidad

Desde principios de siglo Machado comenzó a cambiar de opinión en cuanto a lo que la poesía debía de ser y el papel del poeta en la sociedad. En una carta a Unamuno (de la cual cita éste fragmentos en su artículo «Vida y Arte», publicado en agosto de 1903) decía Machado: «Empiezo a creer... que el artista debe amar la vida y odiar el arte. Lo contrario de lo que he pensado hasta aquí». Meses más tarde, en un artículo sobre *Arias tristes,* de Juan Ramón Jiménez, publicado en *El País* el 14 de marzo de 1904, escribía: «Se nos ha llamado egoístas y soñolientos. Sobre esto he meditado mucho y siempre me he dicho: si tuvieran razón los que tal afirman, debiéramos confesarlo y corregirnos. Porque yo no puedo aceptar que el poeta sea un hombre estéril que huya de la vida para forjarse quiméricamente una vida mejor en que gozar de la contemplación de sí mismo. Y he añadido: ¿no seríamos capaces de soñar con los ojos abiertos en la vida activa, en la vida militante?... Creo, sin embargo, que una poesía que aspire a conmover a todos ha de ser muy íntima. Lo más hondo es lo más universal»[1].

Y poco después, en otro fragmento de carta citado también por Unamuno (en el artículo «Almas de jóvenes», publicado en mayo de 1904), repite casi lo mismo, pero ahora con más convicción aún, afirmando lo que antes era sólo una pregunta que se hacía a sí mismo: «Usted, con golpes de maza, ha roto, no cabe duda, la espesa costra de nuestra vanidad, de nuestra somnolencia. Yo, al menos, sería un ingrato si no reconociera que a usted debo el haber saltado la tapia de mi corral o de mi huerto. Y hoy digo: Es verdad, hay que soñar despierto. No debemos crearnos un mundo aparte en que gozar fantástica y egoístamente de la contemplación de

[1] Antonio Machado, *Obras. Poesía y prosa,* ed. de Aurora de Albornoz y Guillermo de Torre (Ed. Losada, Buenos Aires, 1964), p. 763. Las citas de Machado que se hagan más adelante irán seguidas de la abreviación *Ob.* y de un número, que indica la página o páginas en que se encuentran esos textos en *Obras, Poesía y prosa,* 1964.

nosotros mismos, no debemos huir de la vida para forjarnos una vida mejor, que sea estéril para los demás»[2].

Lo que más nos interesa destacar es esa voluntad suya de no ser narcisista, de no forjarse una vida que sea *estéril para los demás.* Así comienza a manifestarse esa preocupación moral suya por el *otro* que le duraría toda su vida. Y ese *despertar* de su conciencia lo debería a Unamuno, como él indica; pero en la *formación* de esa conciencia probablemente tuvo bastante que ver la Institución Libre de Enseñanza y las vivas lecciones de moral que allí se impartían.

En las cartas citadas se puede también advertir que él tenía el propósito, aunque éste no fuera aún muy claro, de cambiar de temas y estilo en su poesía. Con eso de «soñar despierto» tal vez quisiera decir *soñar,* crear, no renunciar a su propia intimidad, pero en «la vida activa», atendiendo a los otros, a la realidad exterior. Eso es en todo caso lo que hizo en los poemas escritos en Soria; y en «La tierra de Alvargonzález», esa serie de romances que, como él dijo más tarde, «emanan del pueblo» y «miran a lo elemental humano» y «al campo de Castilla». Una historia ésta, podría agregarse, en la que tan importante es la sensibilidad del poeta, el que narra y describe, como la resonancia profunda que esa historia o leyenda tiene en el alma popular.

Y en ese querer juntar, mezclar el espíritu creador del poeta con la observación del mundo que le rodea, pudiera verse, en cierto modo, la realización —fuera de esto pura coincidencia o no— de algo que cincuenta años antes propugnaba ya Giner de los Ríos. En su extenso ensayo de 1862 «Consideraciones sobre el desarrollo de la literatura moderna», después de pasar revista a los románticos y realistas, y de hacer otros diversos comentarios sobre historia de la literatura, concluye: «Doble, por consiguiente, ha de ser el objeto de la creación artística que aspire a vivir eternamente... debe, por un lado, referirse a las leyes necesarias de lo bello; y por otro, al carácter de la civilización en que nace...»[3]. Aunque no estamos muy seguros de que eso de «las leyes necesarias de lo bello» sea lo mismo que la libre creación del poeta.

Michael P. Predmore, por su parte, en *Una España joven en la poesía de Antonio Machado* (Edit. Insula, 1981), comenta un ensayo de Giner de 1865 titulado «Del género de la poesía más propio de nuestro siglo», y escribe: «Giner trata el efecto de las condiciones históricas y sociales que obligan al poeta moderno [es decir, al romántico] a alejarse del mundo exterior y guarecerse en sí mismo para cultivar su propia riqueza interior... comienza "negando la objetividad". La subjetividad, absolutamente divorciada de significación humana universal, se convierte en algo abstracto y quimérico» (p. 203). Y esto último que dice Predmore —si es que refleja con exactitud lo que Giner decía— sí que acerca, y mucho, el pensamiento de Machado al de su maestro; al menos en lo que se refiere al carácter que ha de tener la poesía.

En los años de Baeza, Machado leyó mucho, especialmente filosofía, y reflexionó

---

[2] Los dos fragmentos de carta de Machado citados por Unamuno están reproducidos en Geoffrey Ribbans, *Soledades..., op. cit.,* pp. 264-267.

[3] En *Krausismo..., Antología,* ed. López Morillas, *op. cit.,* p. 159.

mucho también. El fruto de esas meditaciones, sobre poesía, el *otro* y la nada, aparece luego, como pronto veremos, en el apéndice titulado *Cancionero apócrifo,* en prosa verso, el cual viene después de los poemas, a partir de la segunda edición, de 1928, de las *Poesías completas.* Pero ya antes, en una nota de *Los complementarios* titulada «Problemas de la lírica» (que en la edición crítica de ese manuscrito, debida a Indurain, lleva la fecha de julio de 1924), Machado escribía: «El sentimiento no es una creación del sujeto individual... Hay siempre en él una colaboración del *tú,* es decir, de otros sujetos... Mi corazón, enfrente del paisaje, apenas sería capaz de sentir el terror cósmico, porque aun este sentimiento universal necesita, para producirse, la congoja de otros corazones... Mi sentimiento no es, en suma, exclusivamente mío, sino más bien *nuestro.* Sin salir de mí mismo, noto que en mi sentir vibran otros sentires y que mi corazón canta siempre en coro...» (*Ob.,* 714).

Más tarde, en *Cancionero apócrifo,* en un diálogo entre Mairena y un tal Meneses, dice este último: «...no hay lírica que no sea sentimental. Pero el sentimiento ha de tener tanto de individual como de genérico porque... todo sentimiento se orienta hacia valores universales. Cuando el sentimiento acorta su radio y no trasciende del yo aislado, acotado, vedado al prójimo, acaba de empobrecerse y, al fin, canta de falsete» (*Ob.,* 324-325).

Y así vemos que sus ideas sobre la poesía no han variado mucho desde principios de siglo. Ahora, como antes, rechaza esa poesía enrarecida, narcisista, que «no trasciende», vedada al «prójimo». Mas para que trascienda, piensa ahora, no es indispensable que el poeta atienda al mundo que le rodea: basta con que el sentimiento que exprese sea *universal,* referente a algo que los otros también, de algún modo, sienten o pueden sentir.

En el prólogo de 1919 a la segunda edición de SGO recuerda que la «ideología dominante» en la época (1899-1907) en que escribió ese libro «era esencialmente subjetivista», y el poeta «sólo pretendía cantarse a sí mismo». El amó «con pasión», dice, aquella «nueva sofística». Y a continuación agrega: «Pero amo mucho más la edad que se avecina y a los poetas que han de surgir cuando una tarea común apasione las almas». Y así se inicia el tema de la comunión cordial entre los hombres y el de la fraternidad.

Muchos años más tarde, en 1934, publica en la revista *Octubre,* de Madrid, un pequeño ensayo titulado «Sobre una lírica comunista que pudiera venir de Rusia». Comienza preguntándose: «¿Cabe una comunión cordial entre hombres, que nos permita cantar en coro, animados de un mismo sentir?». Y responde que para ello sería preciso «buscar un fundamento metafísico en que esta lírica se asiente, una creencia filosófica, ya que una fe religiosa parece cosa difícil en nuestro tiempo». Sería necesario, agrega, creer «que existe un prójimo... una pluralidad de espíritus», y que éstos «no son mónadas cerradas, incomunicables... múltiples soledades, que se cantan y escuchan a sí mismas». Y además habría que creer «que existe una realidad espiritual, trascendente a las almas individuales, en las cuales éstas pudieran comulgar» (*Ob.,* 859-860).

Tres años más tarde, en plena guerra civil, cuando mucho se hablaba en la zona republicana de «fraternidad», y ello parecía a muchos un sueño posible, realizable,

y en parte ya realizado, Machado aborda de nuevo el tema, y con más pasión y entusiasmo que nunca. No habla de «cantar en coro», pero sí de «comunión cordial», de fraternidad futura y de un «nuevo cristianismo». Y no piensa ya que para ello sea necesario creer en una «realidad espiritual, trascendente a las almas». Ya no se refiere a Cristo como necesario fundamento de un amor entre los hombres. Bastaría «la conciencia del hombre, impregnada de cristianismo». Es decir, bastaría con que despertase el sentimiento de amor cristiano, vivo siempre, «en el alma del pueblo», como decía en el número III de *Hora de España,* de marzo de 1937.

Al mes siguiente, en la carta a un hispanista ruso publicada en la misma revista, volvía a referirse al «sentimiento fraterno del amor», algo cristiano, y muy ruso, que él esperaba iba ahora a encontrar «un eco profundo en el alma española» (*Ob.,* 670). Y meses después, en septiembre, aludía a una futura sociedad en la cual surgiría una «nueva forma de convivencia humana, de comunión cordial y fraterna», análoga a la que los rusos habían querido ensayar (*Ob.,* 669).

Triste es recordar hoy que Machado escribía eso por la misma época en que comenzaban las grandes purgas stalineanas (de las cuales él, como tantos otros entonces, tenía muy escasa noticia), y cuando comenzaba ya a temerse que esos grandes sueños de fraternidad acabarían ahogados en un gran baño de sangre, con la represión franquista.

La «heterogeneidad del ser» y la «poesía temporal»

El tema del *otro* adquiere una nueva dimensión cuando en el *Cancionero apócrifo,* y luego a veces también en *Juan de Mairena,* Machado se refiere, aunque sea en forma a menudo burlona, y diríase que deliberadamente oscura, a algo que sin embargo era cuestión muy seria e importante para él: «La esencial heterogeneidad del ser». O sea, como dice en *Juan de Mairena,* «la incurable *otredad* que padece *lo uno*» (*Ob.,* 357). Se trata, pues, de esa natural condición del ser humano que lleva a éste siempre hacia «el otro» y «lo otro», a trascender, a querer salir de sí. «El hombre quiere ser otro... He aquí lo específicamente humano... Su mónada solitaria no es nunca pensada como autosuficiente, sino como nostálgica de lo otro, paciente de una incurable alteridad», dice más adelante en *Juan de Mairena* (*Ob.,* 501). Aunque, al mismo tiempo, Mairena se encuentra encerrado «en la más estrecha concepción solipsística».

Y lo mismo le sucede a su maestro Abel Martín. En la primera parte del apéndice, titulada «De un Cancionero apócrifo», donde se expone la filosofía de éste y se habla de «la heterogeneidad del ser», leemos: «Mas la conciencia existe, como actividad reflexiva, porque vuelve sobre sí misma agotado su impulso por alcanzar el objeto trascendente. Entonces reconoce su limitación y se ve a sí misma como tensión erótica, impulso hacia *lo otro* inasequible». Y así descubre que el amor es «como su *otro inmanente*». Mas ese «esfuerzo desesperado del ser... por rebasar su propia frontera», aunque acabe en fracaso, tiene «un valor positivo», ya que gracias a él «se alcanza *conciencia*» (*Ob.,* 305). Ese fracaso de Martín al querer «rebasar su

propia frontera» ocurre porque él no había «superado, ni por un momento, el subjetivismo de su tiempo»; es decir, porque no acababa nunca de creer en la existencia real del otro fuera de su propia conciencia.

En cuanto a Machado mismo, aunque sin duda creía en la esencial heterogeneidad del ser, porque ello era algo muchas veces por él experimentado, al igual que sus «apócrifos» Martín y Mairena, se sentía encerrado también en la prisión de solipsismo. Dudó, se rebeló; y pensó a menudo que la existencia o no del prójimo, como de todo lo percibido, era algo «indemostrable». Pero en fin de cuentas, nunca abandonó el extremo «idealismo». En 1935 decía por boca de Mairena, refiriéndose a Berkeley: «Porque el solipsismo podrá responder o no a una realidad absoluta, ser o no verdadero; pero de absurdo no tiene pelo». Lógicamente no se puede «afirmar la existencia de nuestro prójimo con el mismo grado de certeza que la existencia propia». Y «si nada es en sí más que yo mismo, ¿qué modo hay de no decretar la irrealidad absoluta de nuestro prójimo?... La cuestión es grave, vuelvo a deciros. Meditad sobre ella» (*Ob.,* 478-479).

La cuestión es grave sobre todo para esos que, como Machado, piensan que el amor al prójimo es un imperativo, porque ¿cómo podríamos amarlo si no existe? Por eso repite que hay que «creer en el prójimo», esto es, creer que existe. Y, en todo caso, comportarse con él como si existiera, y respetarlo, amarlo; tener en cuenta, al menos, al *tú,* al *otro.* Y de ahí lo que escribe en el primero de los «Proverbios y cantares» (núm. CLXI de *Poesías completas*):

El ojo que ves no es
ojo porque tú lo veas,
es ojo porque te ve.

Ahora bien, si la duda en cuanto a la existencia real o no del otro puede constituir un problema para el filósofo o el moralista, para el poeta, para quien ama, *no hay problema.* Y así se comprenden esos versos de Machado dedicados a la muy real y amada Guiomar que dicen: «...No prueba nada,/contra el amor, que la amada/no haya existido jamás».

En *Juan de Mairena,* cuando éste «empieza a exponer la poética de su maestro Abel Martín», dice que al poeta el «ser poético no le plantea problema alguno... La nada, en cambio, sí» (*Ob.,* 450). Y años antes, en *Cancionero apócrifo,* decía el mismo Mairena: «Precisamente la desproblematización del ser, que postula la absoluta realidad de lo aparente, pone *ipso facto* sobre el tapete el problema del *no ser...*» (*Ob.,* 323).

O sea, que para el poeta el problema no está en lo que aparece, sino en su desaparición. El poeta ama lo que ve, lo que contempla; pero eso que ama se mustia y envejece y acaba por desaparecer, como el poeta mismo desaparecerá un día. El problema, pues, es el del tiempo: el tiempo que lleva a la muerte. Y por eso el poeta canta: «¿Cantaría el poeta sin la angustia del tiempo?», preguntaba Mairena (*Ob.,* 373). Y años antes, en *Cancionero apócrifo,* decía que la «temporalidad», necesaria en la poesía, es algo que puede aprenderse en «las más elementales preceptivas».

Pero «una intensa y profunda impresión del tiempo sólo nos la dan muy contados poetas» (*Ob.*, 315). Poesía temporal es, pues, para Machado, sólo aquella en que es viva, auténtica, la emoción del tiempo. Y por eso vienen a continuación unas páginas en que habla de la fría poesía barroca, conceptual aunque trate del paso del tiempo, en comparación con las «Coplas» de J. Manrique, donde es vivísima esa emoción. Y de ahí también el poco aprecio que Machado tenía por los poetas jóvenes, neogongorinos, de su tiempo.

Por último, y en relación con el tema del *otro,* agregaremos que a veces Machado se refiere al amor con una experiencia que engrandece el espíritu, que hace que el alma llegue a su límite, a ser realmente lo que, en potencia, ya es. Y en esto, como en otros puntos, su pensamiento se acerca al de Max Scheler, a quien él mucho admiraba[4]. Pero ya a principios de siglo, en el poemilla de SGO (LVII) titulado «Consejos», escribe esto:

Moneda que está en la mano
quizá se deba guardar;
la monedita del alma
se pierde si no se da.

La nada y la irrenunciable esperanza

Para ofrecer un panorama algo más completo del pensamiento filosófico de Antonio Machado, hemos de referirnos, aunque sea brevemente, a lo que él dice sobre la nada, el ser y la nada, en la primera parte del *Cancionero apócrifo,* publicada ya en 1926, y luego a veces también en *Juan de Mairena,* I y II, entre 1935 y 1938.

En los últimos años de su vida, cualesquiera que hubiesen sido anteriormente sus dudas, Machado definitivamente no creía en Dios: creía en la nada. Aunque el uso algo burlón que él hace a veces de la palabra «Dios» pueda oscurecer este hecho. En el comentario que sigue al poema «Al gran Cero», en la primera parte del apéndice a *Poesías completas,* escribe: «Dios, como creador y conservador del mundo, le parece a Abel Martín una concepción judaica, tan sacrílega como absurda. La nada, en cambio, es, en cierto modo, una creación divina...» (*Ob.*, 311). Y en la segunda, al hablar de «La metafísica de Juan de Mairena», repite: «Dios no es el creador del mundo... El mundo es sólo un aspecto de la divinidad; de ningún modo una creación divina» (*Ob.*, 322).

Dejando aparte el obvio panteísmo, y eso de que la nada sea «creación divina», lo que nos interesa destacar es que esa nada, o «cero integral», es la causa del asombro —y las consiguientes preguntas— que produce la percepción del ser. El

[4] La similitud mayor, en cuanto a lo del amor, se encuentra en la obra de Scheler, de 1923, *Wesen und Formen der Sympathie,* la cual no fue traducida al español hasta 1943 (*Esencia y formas de simpatía,* Ed. Losada).

hombre consciente se sorprende al descubrir lo que ve como destacando sobre un negro telón de fondo: la nada.

Esto es lo que Machado quiere decir, y en verdad dice, en el extraño y oscuro poema, que pocos se han atrevido a interpretar, «Al gran Cero». Algo se aclara la cosa en los comentarios breves que siguen al poema, pero no mucho. Cuando se advierte la novedad e importancia del pensamiento contenido en ese poema es luego, en *Juan de Mairena,* cuando Machado mismo aclara bastante todo, después de haber, muy probablemente, leído un ensayo de Heidegger, de 1929, traducido al español en 1933, «¿Qué es metafísica?». Dice en parte el poema:

> Cuando el Ser *que se es* hizo la nada
> y reposó, que bien lo merecía,
> [...]
> *Fiat umbra!* Brotó el pensar humano.
> [...]
> Toma el cero integral, la hueca esfera,
> que has de mirar, si lo has de ver erguido.
> Hoy que es espalda el lomo de tu fiera,
> y es el milagro del no ser cumplido,
> brinda, poeta, un canto de frontera
> a la muerte, al silencio y al olvido.

Y a continuación, en el comentario se lee: «Dios regala al hombre el gran cero, la nada o cero integral... Así, posee la mente humana un concepto de totalidad... que sirva lógicamente de límite y frontera a la totalidad de cuanto es». Y poco después agrega que el pensar «necesita de la nada para pensar lo que es, porque, en realidad, lo piensa como no *siendo*» (*Ob.,* 311).

Y en la parte segunda, de 1928, al tratar de la metafísica de Mairena, se lee: «Para el poeta el no *ser* es la creación divina... a que Martín alude en su soneto inmortal *Al gran Cero,* la palabra divina que al poeta asombra...» (*Ob.,* 322).

Así se entiende un poco mejor eso del «canto de frontera» al cual se alude en el poema. Frontera, entre la vida y la muerte, en la cual el poeta se encuentra y desde donde brinda su canto «a la muerte, al silencio y al olvido». Algo que sin duda tiene que ver con la *poesía temporal,* de la que Machado se ocupa poco después. Y también se entiende mejor eso que Dios dice al hombre al ofrecerle «el cero integral», o sea: «Hoy que es espalda el lomo de tu fiera...». Cuando debido a la evolución el lomo se convierte en espalda y aparece el «bípedo racional» —a quien se nombra en los comentarios al poema— es cuando éste puede apreciar el valor de ese «regalo de la divinidad», la nada, gracias a la cual surge el asombro ante lo que es, lo que aparece. Un asombro que da origen al pensamiento, a la pregunta básica de la cual arranca la metafísica.

Cómo llegó Machado a ese descubrimiento que encierra el poema «Al gran Cero» es una cuestión algo compleja que he tratado de desentrañar en mi estudio sobre *El pensamiento de Antonio Machado.* Creo ahí haber mostrado que, partiendo

de Bergson, se apartó luego de él; y con una especie de salto, con una genial aunque algo oscura intuición, se adelanta en algo importante al pensamiento del primer Heidegger.

Fue en septiembre de 1933, en la revista *Cruz y Raya,* cuando apareció la traducción de X. Zubiri: «¿Qué es la metafísica?». Ahí se lee esencialmente lo mismo que Machado había ya dicho en 1926, pero con mayor precisión y claridad. La nada, dice Heidegger, es la que, presentida, nos hace mirar con extrañeza y preguntar por el ser: «Sólo por ese asombro, es decir, por la revelación de la nada, brota el *¿por qué?* en nuestros labios». Y también explica en el mismo ensayo: «Es la nada lo que hace posible para nuestra humana existencia la revelación de lo que es en cuanto tal. La nada no es sólo un concepto en oposición a lo que es, sino algo original, esencial». Insiste Heidegger en puntualizar que la *nada* a que él se refiere no es simplemente una suma de negaciones: «Nosotros afirmamos que la *nada* es más original que el *no* y la negación». Podemos, dice, pensar lo que es como una «idea» y luego «negar lo que hemos así imaginado». Mas de ese modo sólo «llegaremos a un concepto formal de una imaginaria nada y no a la nada misma». Es sólo la angustia lo que nos «revela la nada».

Me parece a mí indudable que Machado debió de leer ese ensayo, aunque él nunca lo mencione. Pero es significativo que en un artículo de *Juan de Mairena,* en 1935, dijera que Mairena «no pudo alcanzar las últimas consecuencias del temporalismo bergsoniano, la fe en el valor ontológico de la existencia humana. Porque, de otro modo, hubiera tomado más en serio las fantasías poético-metafísicas de su maestro Abel Martín» (*Ob.,* 448). Y es significativo también que a partir de 1935 nunca ya más confunda o use indistintamente, como hacía en *Cancionero apócrifo,* la expresión *no-ser* —que es mera negación de un concepto— y *nada.* Ahora se refiere claramente a *la nada,* en *Juan de Mairena,* cuando trata de esa cuestión. Y así, por ejemplo, afirma: «...todo lo problemático del ser es obra de la nada» (*Ob.,* 452). Y antes, en el mismo artículo, *aludiendo* seguramente a Heidegger, dice: «Porque la nada es, como se ha dicho, motivo de angustia. Pero para el poeta, además y antes que otra cosa, causa de admiración y de extrañeza». Y algo más adelante, en otro artículo, habla de «una metafísica» existencialista, fundamentada en el tiempo... será el filósofo quien nos hable de angustia, la angustia esencialmente poética del ser junto a la nada» (*Ob.,* 464).

Machado debió leer, desde 1935 por lo menos, cuanto pudiera de Heidegger y sobre él. Pero fue sólo en un artículo fechado en diciembre de 1937, publicado en el número XIII de *Hora de España,* cuando se ocupa de *Sein und Zeit,* la obra principal de Heidegger, de 1927, de la cual hace una exposición y comentario. La traducción española de esta obra *El ser y el tiempo,* por J. Gaos, se publicó en México en 1951. Pero Machado pudo conocer alguna traducción francesa.

Empieza Machado por decir: «Para penetrar y hacer cordialmente suya esta filosofía de Heidegger, Mairena, por lo que tenía de bergsoniano y, sobre todo, de *poeta del tiempo...* estaba muy preparado» (*Ob.,* 562). Es una filosofía «algo triste», dice luego, pero que bien pudiera encontrar entre nosotros «los españoles», y especialmente «los andaluces», una «honda aquiescencia». Y es entonces cuando se

pregunta: «¿Es que somos algo heideggerianos sin saberlo?». Y a continuación se refiere a unos viejos versos suyos de SGO que «pueden tener una inequívoca interpretación heideggeriana».

Machado, desde luego, fue siempre, y especialmente en sus últimos años, bastante heideggeriano. Y su pensamiento filosófico es más bien triste, lo cual parece contradecir su natural tendencia a un relativo optimismo, a la esperanza. El mismo advierte tal cosa, y por eso escribe en *Hora de España,* en mayo de 1938, algo que con muy parecidas palabras había ya dicho tres años antes: «El fondo de mi pensamiento es triste; sin embargo, yo no soy un hombre triste, ni creo que contribuya a entristecer a nadie. Dicho de otro modo: la falta de adhesión a mi propio pensar me libra de su maleficio, o bien: más profundo que mi propio pensar está mi confianza en su inania, la fuente de Juventa en que se baña constantemente mi corazón» (*Ob.,* 579).

Hace muchos años, tratando de resumir lo que había dicho sobre el pensamiento de Machado, escribía yo en unas «conclusiones» lo siguiente: «Poesía y filosofía no son la misma cosa, pero brotan de un mismo sentimiento original. El poeta es más fiel que el filósofo a esta emoción original, que él reproduce cada vez que, angustiadamente, canta el mundo que contempla. Y la filosofía debe volver a encontrar sus raíces acercándose a la poesía. Sólo por la poesía, o con esa nueva, poética, filosofía existencial que él intuye, nos daríamos cuenta de lo que somos, recobrando así nuestra intimidad, nuestro propio ser, nuestro espíritu, hecho de angustia por el tiempo y ansia de lo otro, de lo desconocido: de asombro ante la nada y heterogeneidad, de angustia en la soledad y trascendencia; esto es, impulso hacia un más allá que no alcanzamos».

Mas al decir eso sobre su pensamiento filosófico, advertí pronto que algo que era fundamental en Machado no se mencionaba. Y por eso, a continuación, agregué esto: «Pero lo típico de Machado, tanto como su honda melancolía, es no abandonar nunca del todo, aun creyendo sobre todo en la nada, una ardiente, aunque vaga, una remota esperanza de salvación para todos»[5].

A pesar de la explicación que nos da Machado mismo, cabría aún preguntar: ¿Por qué esa «falta de adhesión» a su triste pensamiento? ¿Cómo es posible que pudiera seguir bañando su corazón en «la fuente de Juventa» aún en 1938, cuando su situación personal, y la de España, parecía desesperada? En suma, ¿cuál es la causa última de eso que es «típico» de Machado, ese optimismo, esa ética, ese mirar siempre a los otros y hacia el futuro?

La respuesta obvia es que *así era él,* tal su moralidad, su carácter. Un modo de ser que podríamos resumir diciendo que era esencialmente *bueno.* Como él mismo dijo ya en 1908, en su «Retrato», era, «en el buen sentido de la palabra, bueno». Esto ha hecho recordar a más de uno lo que escribió siete años después, en el poema a Giner de los Ríos, sobre el mensaje que éste dejaba: una incitación a ser buenos, a seguir su ejemplo. Se fue

---

[5] En «El pensamiento de Antonio Machado», incluido en mis *Estudios sobre Galdós, Unamuno y Machado,* 3.ª ed. (Editorial Lumen, Barcelona, 1981, pp. 394-395).

diciéndonos: Hacedme
un duelo de labores y esperanzas.
Sed buenos y no más, sed lo que he sido
entre vosotros: alma.

Se puede, pues, pensar, que ese mensaje, así como otras enseñanzas de su maestro Giner, influyesen definitivamente en la formación del adolescente Machado, y después. Sus maestros, amigos y educadores en la Institución Libre de Enseñanza seguramente le ayudaron mucho a desarrollar y encauzar su natural bondad e innato sentido moral.

Mas con todo esto, hay que decir que Machado no era, y menos parecía, un «institucionista». Claro es que seguramente hubo, y habrá todavía, muy diversas clases de institucionistas. Yo conocí algunos, superficialmente, por los años treinta; pero sólo hablé a menudo y tuve incluso cierta amistad con uno, el principal, Manuel Bartolomé Cossío.

A Machado —con quien yo había hablado un poco algunas veces, cuando él salía de algunas de las reuniones del Patronato de Misiones Pedagógicas— le visité luego con bastante frecuencia de fines de 1936 a mediados de 1937, cuando era yo secretario de *Hora de España*. Vivía en Rocafort, en las cercanías de Valencia, en un chalet cerca del mar. Con él estaban su madre, su hermano José y la esposa de éste y tres sobrinas jóvenes. Yo iba a verle más bien por gusto, con el pretexto de hablar de la revista, recoger originales, llevarle pruebas de imprenta y demás.

Estaba bastante envejecido y en su atuendo se advertía mucho ese «torpe aliño indumentario» al cual él ya se refería en su «Retrato». Pero, sin embargo, no dejaba de tener un cierto aire señorial: algo de gran señor rural arruinado. Solía recibirme en la sala-comedor, acompañado casi siempre de su hermano José, el dibujante, hombre algo tímido o inhibido, que permanecía sentado a su lado, callado y sonriente. Y por los esfuerzos que Machado hacía, en forma discreta y delicada, para que su hermano no quedase del todo excluido de la conversación, olvidado, así como por la dulce y lenta mirada que a veces dirigía a su muy anciana madre, algo senil ya, la cual a veces se acercaba hasta nosotros en silencio, me daba yo muy bien cuenta de su mucha bondad y la ternura de su corazón.

Hablábamos de muchas cosas, pero sobre todo de la guerra, de España y su futuro. El generalmente parecía tranquilo, algo cansado, pero solía animarse pronto. Y a veces se agitaba y elevaba su voz, debido a algo que había surgido en la conversación y le excitaba. Era entonces como si un fuego contenido, interior, se hubiese desbordado. Mas en sus palabras, serenas o no, pude yo percibir más de una vez como un esfuerzo por querer sobreponer, a la pena y la desesperación, la esperanza.

ANTONIO SANCHEZ BARBUDO